

Recensiones

LEOPOLDO DE LUIS Y SU «VIDA Y OBRA DE VICENTE ALEIXANDRE»

La cuestión está clara. Vicente Aleixandre es un buen poeta, un gran poeta. Su vida, si no ejemplar, es ejemplificadora. Leopoldo de Luis trata estos temas en una inquietante biografía que, renovada, ve ahora su segunda edición, años después de la primera.

En *Vida y obra de Vicente Aleixandre* (Selecciones Austral, Espasa Calpe, Madrid, 1978, 239 páginas), Ramón de Garciasol nos hace una mesurada presentación del biógrafo del poeta devenido universal. Yo simplemente, como referencia para conocer a este otro poeta que se lleva tiempo ocupando de hombres tan importantes para nuestra historia como Antonio Machado, Miguel Hernández o Vicente Aleixandre, me voy a permitir entresacar parte de una entrevista que le hice hace algún tiempo. A mi pregunta sobre cuál podría ser, a su juicio, la implicación de la poesía y de los poetas en una situación de cambio como la española, me respondió:

—En los años más cerrados de la censura, fue la obra de los poetas quizá una voz disconforme y protestaria. Tal vez su peculiar forma expresiva hacía más fácil que se dijera lo que en prosa hubiera sido inaceptable para la Administración. La apertura comenzó por la poesía. La poesía tiende a la libertad; es la libertad.

Más adelante, al inquirir sobre su vida extrapoética: ocupaciones, subsistencia, familiar, etc., Leopoldo de Luis me contestaba así:

—No hay vida extrapoética, bien visto, en el poeta, porque todo le influye y le condiciona. Con cuantas experiencias vive, elabora, de alguna manera, su poesía. Estoy convencido de que si yo no hubiera tenido la familia que tuve, si hubiera vivido en otro medio, con otras circunstancias y otras ocupaciones, hubiera escrito de otra suerte. Mejor o peor, pero de otra suerte. El poeta nace entre todos los hombres, pero la vida le hace poeta junto a todos los hombres. Esto

lo dijo ya Miguel Hernández en su dedicatoria de *Viento del pueblo*, y es verdad.

* * *

Esta premisa, que serviría para presentar a Leopoldo de Luis, si es que no fuera suficientemente conocido, va a situar, en parte, su concepción de la poesía y de la función del poeta en el mundo dislocado que nos ha tocado vivir. Y es así cómo podremos entrar de lleno en su importante libro que trata de la vida y obra de un importante poeta. De Vicente Aleixandre.

Sin que esto parezca petulancia, desde que yo comencé a «ser» poeta, y ser poeta no es cuestión de gustos ni de influencia, vi a Aleixandre como un poeta estático, no minusvalorado, sino estático. Eran los años de dictadura más o menos abominable, de policías grises cargando contra estudiantes en la glorieta de los Cuatro Caminos, o reprimiendo manifestaciones en Villaverde. Vicente Aleixandre publicaba *En un vasto dominio*. A mí, a muchos, nos parecía algo grandioso que un poeta de aquel tiempo, de nuestro tiempo, pudiera inventarse un vasto dominio en aquellas tardes cerradas y oscuras que se cernían sobre una geografía llorosa y ambigua. Noches atrás, hablando del tema, alguien decía que la diferencia entre Antonio Machado—Manuel ya es de otra historia—y Vicente Aleixandre consistía en que Antonio caminaba, hablaba con la gente, visitaba los paisajes. Aleixandre ha sido un exiliado interior. Las razones de su exilio pueden ser muchas o muy pocas, pero lo cierto es que ese exilio le ha configurado como un poeta hermético. El poeta zamorano Uña Juárez corregiría diciendo que Aleixandre ha sido un iniciado: iniciado tal vez en el ágil descubrimiento de un mundo grandioso más allá del quicio de su Velintonia, mundo siempre presentido y lleno de resonancias universales, de esperanza, de gratitud por ver un día la mañana azul, la historia de una infancia repetida y feliz.

Pero vamos a dejar, que ésa es su tarea, a Leopoldo de Luis. El nos contará suficientemente bien la *Vida y obra de Vicente Aleixandre*.

VIDA DE UN POETA SUBLIME

Ese 98 fatal. Historia del acabamiento de un imperio abandonado y caduco, momento del inicio de la muerte de toda una cultura y una forma de ser: la hispánica. Pronto lo anglosajón ocuparía el lugar de nuestras letras, de nuestro espíritu. Y, dentro mismo de España, pronto comenzaría el deterioro eterno de la España gloriosa y sofocante, por qué no decirlo, de siglos atrás. Nace en Sevilla Vicente Aleixandre. Siempre el Ave Fénix renace de sus cenizas. Siempre de una cuestión dramática puede nacer un suceso feliz. Aleixandre

venía a ser poeta en un mundo de dramas prosaico, de historias colectivas, de caducas reflexiones, de rotos paisajes.

Por azares familiares, Aleixandre nació en Sevilla el 26 de abril, aunque prontamente surgiría el traslado a Málaga, donde viviría desde 1900 hasta 1909, asistiendo al primer colegio y conociendo, entonces ya, a quien sería otro importante personaje de nuestras letras: Emilio Prados. De esta época nos relata Leopoldo diversos sucesos de interés y nos recuerda varios poemas que Aleixandre escribiera después, rememorando el tiempo de la sosegada infancia; por ejemplo, esos versos cotidianistas y enternecedores de «La clase»:

*Como un niño que en la tarde brumosa va diciendo
su lección y se duerme.
Y allí sobre el magno pupitre está el mudo profesor
que no escucha.
Y ha entrado en la última hora un vapor leve, portiado,
pronto espesísimo, y ha ido envolviéndolos a todos.
Todos blandos, tranquilos, serenados, suspiradores,
ah, cuán verdaderamente reconocibles.
Por la mañana han jugado,
han quebrado, proyectado sus límites, sus ángulos,
sus risas, sus imprecaciones, quizá sus lloros.
Y ahora una brisa inoíble, una bruma, un silencio, casi
un beso, los une,
los borra, los acaricia, suavísimamente los recompone.
Ahora son como son. Ahora puede reconocérseles.
Y todos en la clase se han ido adurmiendo.
Y se alza la voz todavía, porque la clase dormida se
sobrevive.
Una borrosa voz sin destino, que se oye y que no se
supiera ya de quién fuese.
Y existe la bruma dulce, casi olorosa, embriagante,
y todos tienen su cabeza sobre la blanda nube que
los envuelve.
Y quizá un niño medio se despierta y entreabre los
ojos,
y mira y ve también el alto pupitre desdibujado
y sobre él el bulto grueso, casi de trapo, dormido, caído,
del abolido profesor que allí sueña.*

Poema del cual nos queda cierta sensación como de desamparo por ese profesor dormido, pero también de confianza, de estímulo, al advertir cómo la infancia existe, crece, camina en medio de la bruma, hacia días de caricias y de frases gentiles que llevará a sus protagonistas a la adolescencia, a la mayoría de edad. Es como, sencillamente, ir viendo cómo se van cumpliendo etapas, recorriendo senderos en los oscuros límites del tiempo.

En el caso de Aleixandre comienza una nueva etapa al llegar la

familia a Madrid, 1909. Años de estudio, de exámenes, hasta el término del bachiller en 1913 y el ingreso en la Universidad el siguiente curso. Si atrás ha quedado esa «Ciudad del paraíso» y todo el cúmulo de recuerdos y experiencia que lleva en sus alforjas un joven, en Madrid aparece la vida de responsabilidad, de trabajo, de iniciación por el difícil mundo de la poesía y de la existencia. Los recuerdos de los abuelos, de las calles de Málaga o de su mar, las experiencias de las primeras lecturas, las reflexivas tardes en la casita del Pedregalejo, dejan paso a un universo más amplio y contundente. Así lo relata De Luis en esta biografía:

«Cuando a la vuelta del verano comenzó el curso, la incursión francesa había dejado tela cortada para rato. Entre sus compañeros y en las veladas familiares no se hablaba de otra cosa. Un acontecimiento trágico impuso, no obstante, su agitado comentario en todo Madrid: el 12 de noviembre, en plena Puerta del Sol, el anarquista Manuel Pardiñas disparó contra el presidente del Consejo de Ministros, don José Canalejas, matándole y suicidándose luego.

Dos años después, en el verano de 1914, el segundo viaje a San Juan de Luz. El 28 de junio se había producido el asesinato de Sarajevo. El aire de la bella ciudad francesa se adensaba, se le sentía cargado, y no de calor estival, sino de presagios ingratos. La familia Aleixandre regresa precipitadamente a España. El 3 de agosto estalla la guerra. Don Eduardo Dato decreta la neutralidad de los españoles.»

Hemos mencionado, pues, el ambiente en el cual Aleixandre tomó contacto con la Universidad y con los ambientes literarios de la capital de España: época en que «Vicente no leía aún poesía. Lee historia, tema que le apasiona. "Hubiera querido ser historiador", dirá más tarde. Por aquellos años se adentra en los tomos de Lafuente. Y la novela realista del siglo XIX, que es también, en cierto modo, historia. Compra por cinco céntimos los cuadernos de *La novela corta*. Lee páginas de Alarcón, Pereda, Valera, la Pardo Bazán y Dostoievski. A la vez comienza a presenciar representaciones teatrales. En el año de preparatorio se cursa Literatura Española, para cuyos alumnos envía entradas la compañía de doña María Guerrero y don Fernando Díaz de Mendoza. Teatro de la Princesa, jueves por la tarde. Obras de Benavente. Una noche de diciembre de 1915, en el teatro Infanta Isabel, asiste a la primera representación, por María Gámez, de *Sor Simona*. En la sala cree reconocer a los hermanos Quintero, a Pérez de Ayala. Asomado a la indecisa personalidad de los diecisiete años, a la vez tímida y petulante, se mueve entre el público del estreno y llega al escenario. Caído el telón, don Benito recibe las felicitaciones. Contempla al maestro, anciano y sin vista, de aquella novela

inicial en su experiencia lectora. Le ve limpiarse con el pañuelo la expectoración de unos bronquios quebrantados. El gran escritor es un pobre hombre enfermo y el adolescente descubre esa dimensión sencillamente humana. Algo semejante le ocurrirá a él, al gran poeta que será, cuando acuda a visitarle "el poeta desconocido", el muchacho que se fue defraudado al comprobar que un gran artista no es nada más—ni nada menos—un hombre que trabaja y crea con esfuerzo».

La larga cita precedente pretende un poco situarnos en el relato biográfico de Leopoldo de Luis. Dado que no se trata en este comentario de hacer una rebiografía de Aleixandre, aunque vayamos señalando algunos momentos más o menos claves de su existencia, sí interesa advertir el tono que De Luis da a su consideración del poeta sevillano como vívido exponente de un siglo apresurado como es el nuestro. Ciertamente, una noche un buen amigo decía que la diferencia, por ejemplo, entre Antonio Machado y Vicente Aleixandre era que aquél andaba, caminaba entre la gente, hablaba con el pueblo, mientras que éste es un hombre más hermético, más interior, más concentrado en un universo de visiones, de sueños. Ello no quiere poner a un poeta sobre otro, sino, simplemente, hacer una gran e importante diferencia entre su poesía. La poesía de Machado (Antonio), de Miguel Hernández, de García Lorca, es poesía de puertas afuera, de insinuaciones reales, mostradora de las vivencias de un pueblo, del pueblo. La de Aleixandre, sobre todo la última, es reflexión, concentración, búsqueda de las profundas razones de la existencia, intimismo retador, proceso a la desesperanza. Su exilio interior, desde este punto de vista, refuerza una visión del hombre como testigo de un tiempo lamentable, abocado a la propia destrucción de la convivencia y detentador de la propia imagen vulnerada de una sociedad efectivamente rebelde y/aunque perturbada.

Tampoco quiere decirse que toda la poesía de Aleixandre, que todo en su vida, haya sido intimista. Dice Leopoldo que «el verano de 1917 había sido decisivo para Vicente Aleixandre», y relata el encuentro del poeta con Dámaso Alonso en las Navas del Marqués, encuentro que habría de marcar, con tintes ampliamente literarios, toda la vida de Aleixandre. Dos años después, éste termina su carrera de Derecho y en 1921 comienza a trabajar: «Mañana y tarde acude Vicente a su despacho de los Ferrocarriles Andaluces, en un local del paseo de Recoletos, frente al jardín del Banco Hipotecario, por donde había pasado pocos años antes, con su bicicleta, camino del colegio. La correspondencia oficial es el primer entrenamiento del futuro escritor. Una tarde del mes de marzo, sentado a su mesa, oye ruido de multitud. Por la ventana ve pasar el entierro de don

Eduardo Dato, muerto por unos pistoleros el día antes en la plaza de la Independencia. El país está inquieto». Bien, la misma inquietud del país es la que, en aquellos momentos, existe en el ánimo de Aleixandre. Son tiempos de íntimas relaciones y de importantes acontecimientos literarios, todo lo cual hace mella en la vida del poeta. Son tiempos también de ciertos cambios, y la competencia mercantil de Aleixandre le reclama en nuevos puestos de trabajo, viaja por España y lo hace a París y a Londres, comienza a escribir lo que sería su primer libro, etc., todo ello en momentos en que «la poesía española presenta un panorama confuso»; confuso, aunque no vacío. La relación que indica Leopoldo habla de ello, y al referirse al grupo generacional que se perfilaba, recuerda que «este grupo exhibía sus primeros libros en 1921: *Libro de poemas*, de García Lorca; *Poemillas puros*, de Dámaso Alonso; en 1922, *Imagen*, de Gerardo Diego; 1923, *Presagios*, de Pedro Salinas; 1924, *Marinero en tierra*, de Alberti... Es la generación que se ha llamado "de la dictadura" por razón de coetaneidad. Jorge Guillén ha aclarado que "ninguno de ellos participó de ningún modo en el régimen de Primo de Rivera"». El viaje de Aleixandre a París coincide también con interesantes momentos literarios allí, donde comienzan a cobrar vigor los nombres de Paul Valéry, Tristán Tzara, Paul Eluard, André Breton, etc. Y ya antes había viajado el sevillano a Lisboa, amén de otros recorridos por la geografía patria. Se acumula el trabajo profesional y la relación intensa con la literatura. Es una época casi agobiadora; Aleixandre es un joven dinámico y laborioso en todos los terrenos, hasta que... «La carpeta de poemas para *Ambito* crece. Pero todo quedará en suspenso, se ha escrito un poco más arriba—dice Leopoldo de Luis—. En abril de 1925, a poco de haber ingresado en la Compañía del Norte, un estado febril turba la felicidad familiar. Comienzan las visitas médicas. La fiebre no remite. El doctor Rozábal, médico de cabecera y amigo de la familia, aconseja la consulta con un urólogo. El doctor Sánchez Covisa diagnostica una infección de vejiga. Transcurren las semanas. No hay mejoría. Nuevos reconocimientos, nuevas consultas. El diagnóstico ahora es una nefritis de tipo tuberculoso.» Pasa una temporada en Miraflores de la Sierra, lugar que el poeta ve así:

*Las casas se levantan
apenas, chaparro o piedra
agazapada que se aprieta o ahínca
contra la tierra, con un mísero espanto,
... ..
Este pueblo ha dormido
años o siglos. Cochiqueras, cubiles. Porquerizas se llamaba
en la Historia.*

De allí pasa a Aravaca, en las cercanías de la capital, donde termina de escribir *Ambito*, que aparecerá poco después en la mala-gueña colección «Litoral», dirigida por Emilio Prados, el antiguo compañero de colegio. Se señala la llegada de Vicente Aleixandre a la casa de Velintonia, 3 (mayo de 1927), y dice Leopoldo: «No lo olvidéis, amigos. (La poesía española ha estrenado casa para muchos años.)» Es ciertamente importante esta casa y casi obligado pasar por allí quien de alguna manera estime a las letras españolas o quiera tener un hueco o un nombre dentro de ellas. Desde hace más de cincuenta años es punto de cita de escritores, poetas, periodistas. ¡Con qué afecto habla de ella tanta gente!, y la nómina será excesivamente larga. También es necesario recordar que en la misma casa habita desde hace bastantes años la reciente académica Carmen Conde.

En 1933 obtiene Aleixandre el Premio Nacional de Literatura por su libro *La destrucción o el amor*; un año antes publicaba *Espadas como labios*, un poco mejorado de fuerte recaída en su enfermedad y tras serle extirpado un riñón. Por entonces ya son buenas las amistades con García Lorca, Gerardo Diego, Luis Cernuda, Alberti, Alto-laguirre, Neruda y un largo etcétera, y las visitas a Velintonia de nuevos poetas, como Miguel Hernández, comienzan a ser cuestión obligada para todo hombre que se precie. En 1934 había muerto la madre de Aleixandre, y al siguiente año ve la luz *Pasión de la tierra* en México. Tras la muerte del poeta granadino, publica Aleixandre una sentida semblanza de García Lorca y de nuevo ve reproducida su enfermedad cruel, tan cruel como la guerra civil, que está asolando geografías y conciencias. «Desde la cama, Vicente escucha el estampido de los cañonazos y, a veces, el fragor de los combates, no demasiado lejos. Comprende esa triple lucha por la vida que el ser humano tiene que librar: contra el hambre, contra la enfermedad, contra la guerra. Percibe que en una ciudad donde a diario se muere y se mata violentamente, el delgado hilo de su vida de enfermo no cuenta sino para aquella intimidación próxima de su pequeño clan.» En el año del fin de la guerra comienza a escribir *Sombra del paraíso*; al año siguiente, muerte de su padre. La voz de Vicente Aleixandre enmudece un poco, aparece distanciado del entorno glorioso de una España vencedora; su labor continúa en el silencio, casi un poco en el olvido. Comienza, diríase, el primero de los exilios o el comienzo del largo exilio de ese poeta de quien incluso alguien como Carlos Pellicer, según relata De Luis, llegó a preguntar si caminaba. Queda atrás su visión de la catástrofe, con versos de una rudeza y un amor indescriptibles, pocas veces igualados en el sentir de un pueblo rabiosamente enfurecido al ser pisoteado y hundido bajo la gloria de cadu-

cas canciones y de gestas inmóviles. Dice Leopoldo, no obstante, que «en estos años de silencio—silencio público—de Aleixandre se ha producido un extraño fenómeno. Su nombre y su casa tenían una rara atracción. Los poetas jóvenes de entonces los descubren. Cano y Morales eran amigos suyos desde pocos años antes. Pero en seguida se acercaron a su amistad Gaos, Bousoño, Nora, Otero, Valverde. Eran alumnos de la Facultad de Letras. Y Maruri, Hierro, Hidalgo, Ricardo Juan Blasco, Jorge Campos. También las poetisas Carmen Conde, Susana March, Concha Zardoya. Y otros poetas: García Nieto, Montesinos, Crémer, Manuel Segalá, Celaya—aún Rafael Múgica—, Garciasol. Y quien esto escribe». Tal vez todo esto suceda, como se explica más adelante, porque «la joven poesía española, desorientada y confusa, necesitaba un maestro, y lo encontró en Vicente Aleixandre». Pero es que, además, son años en que frente a la reclusión del poeta se va a descubrir la honda permanencia de su poesía y sus versos van a tener una vigencia y un valor difícilmente superables. Así, además de la inclusión en publicaciones periódicas de poemas o trabajos de Aleixandre, ven la luz sus libros *Sombra del paraíso* (1944), *La destrucción o el amor*, segunda edición (1945), *Pasión en la tierra*, primera edición en España (1946), la elegía *En la muerte de Miguel Hernández* (1948).

En 1949 Vicente Aleixandre es elegido como académico de número en la Real Academia de la Lengua, leyendo su discurso de ingreso a comienzos del siguiente año; año en que aparece una edición de *Mundo a solas*, y en que Aleixandre da conferencias en las Universidades de Oxford y Londres y se edita el libro de Carlos Bousoño titulado *La poesía de Vicente Aleixandre; imagen, estilo, mundo poético*. Vuelve a ser época de cierta actividad para el autor de *Espadas como labios*: Córdoba, Valencia, Barcelona, Alicante; después, Tánger y Tetuán, donde, «como buen andaluz, se encuentra a gusto en el paisaje y el clima marroquíes. Realiza la imprescindible y sugestiva visita a la ciudad de Xauen, donde el agua suena como un zéjel». Después surgen actos poéticos en Madrid, Canarias, Melilla («durante su estancia le rodea la devoción del grupo de las revistas *Manantial* y *Alcándara*: López Gorgé, Salgueiro, Miguel Fernández, Eladio Sos»), Mallorca: Aleixandre anda, camina, habla con la gente. Y lo hace tal vez como síntoma de una especie de rebeldía interna contra lo establecido, lo estatuido, tanto en su patria como en la inmensa Patria Herida que es el mundo. Leemos:

«El 9 de octubre de 1959, solicitada su opinión sobre el desarme y la paz de los pueblos, en una encuesta entre grandes personalidades mundiales que organiza la radio de Checoslovaquia, Aleixandre

redacta el siguiente telegrama: "Contesto telegrama encuesta. Desarme, para un poeta como para todos los hombres de buena voluntad, es meta ideal de solidaridad humana, desvanecedora, si se alcanzase con efectividad, del fantasma de la guerra y de su terrible representación: la asolación nuclear. No hay seducción mayor para la mente imaginativa que esa nobilísima vía, que, de lograrse, traería automáticamente un replanteamiento del problema de las relaciones entre los hombres y entre los pueblos. El ahorro económico en un sentido y su dedicación consiguiente en otros, permitiría la elevación del nivel de vida y de cultura, con aplicaciones varias y graduadas, según pueblos y latitudes. La mera consideración del panorama ideal hace pensar que el esfuerzo hacia su realización práctica, por difícil que resulte, sería labor enormemente remuneradora en el camino del bienestar y el progreso de los hombres."» Alguien se ha preguntado si no sería esta intervención y una opinión suficientemente racional de lo que para Aleixandre representaba la justicia social, todo ello en el mare magnum de una imposible pero discreta convivencia nacional, lo que supondría un ligero o profundo apartamiento de la vida pública española durante años y años. Sí es cierto que su obra, y a lo mejor ha influido parte de lo expuesto, no ha sido suficientemente conocida y reconocida hasta hace relativamente pocos años.

«Aleixandre —dice De Luis—, como entró en los cincuenta años saludado por el gran libro de estudio crítico de su poesía, realizado por Bousoño, entra en los sesenta escoltado por otro gran libro: el de interpretación poético-dialéctica de su obra en una "cantata" o poema dramático: *La cantata en Aleixandre*, de Gabriel Celaya, publicado en mayo de 1959.»

A continuación Leopoldo nos habla de que la poesía aleixandrina «ha ido de la comunión a la comunicación». Ciertamente, una participación efectiva en la común vivencia de su pueblo ha sido la constante de la poesía de Vicente Aleixandre. Ello le ha servido para comunicarse con los demás poetas, con un entorno a veces gris y preocupado. Y de ambas sugerencias ha resultado esa especie de acercamiento a —o inclusión en— distintas generaciones literarias y humanas que han visto en Aleixandre al consejero afable, al amigo bondadoso, al ciudadano comprensivo. Esa ha sido la posibilidad efectiva en que pudo tener lugar la concepción primero y la publicación después; con ánimos casi universalistas fue recibida, de su nueva poética titulada *En un vasto dominio* (1962), a la que seguiría tres años después *Retratos con nombre*, en la época precisamente de mayor enfrentamiento con la dictadura franquista por parte de la

intelectualidad española, y en la cual los poetas catalanes de *El Bardo* le dedicarían un afectuoso homenaje.

El patetismo de una existencia minada por la enfermedad se pone de relieve otra vez en 1967, al serle diagnosticada una insuficiencia de coronaria, de cuya insinuación se precave medicinalmente.

1968: *Poemas de la consumación*.

1969: Premio de la Crítica. Aparece el primer volumen de sus *Obras completas*.

1970: Trabaja en *Diálogos del conocimiento*.

1972: Aparece la edición crítica de *Espadas como labios* y *La destrucción o el amor*, realizada por José Luis Cano.

A partir de 1973, incluso con ciertas recaídas, el panorama político y social español comienza a ver algunas posibilidades de verdadera liberalización, ganada con múltiples sacrificios de los demócratas, que muy dolorosamente van consiguiendo ligeras alternativas de libertad ante un régimen caduco y verdaderamente indeciso con su futuro y con el futuro del país. Es la época en que hombres públicos y hombres de letras de diversos ámbitos comienzan a verse rehabilitados y a disponer de una esfera de «consentimiento» social, antes totalmente negada. En este año cumple Alexandre setenta y cinco años y es objeto de numerosos homenajes por grupos literarios y revistas poéticas de todo el país, viéndose además incrementada su producción, que es traducida a diferentes lenguas.

En 1974 aparece *Diálogos del conocimiento* y, enlazando con lo último dicho, ve la luz en Estocolmo una antología traducida al sueco por Artur Lundkvist y el canario Justo Jorge Padrón, que le valdría la esperanza de una pronta concesión del Premio Nobel de Literatura.

Pero si «la salud de Vicente, en los últimos años, no empeora de estado general, pero la edad sí va dejándose sentir en otros aspectos», España aparece nuevamente convulsa, y el 27 de septiembre de 1975 los fusilamientos de varios jóvenes, con el «enterado» del gobierno, por presuntas actividades terroristas, desencadena una oleada de «antipatía» (razonable o no) para nuestro país. Ello no hace más que precipitar ciertos acontecimientos. El mundo está del lado de la parte «democrática» de la población y se comienza a vislumbrar un especial afecto hacia lo español. La muerte de Franco y las nuevas expectativas de convivencia nos hacen entrar en una órbita más racional, y el afianzamiento de nuestra imagen en el exterior se convierte en una estimación antes velada e incierta. Todo ello nos lleva, en un plazo breve, a sentar en el Parlamento a los representantes, casi

verdaderos, del pueblo y, volviendo a nuestro tema, a la concesión del Premio Nobel de Literatura al poeta español Vicente Aleixandre.

LA OBRA DE UN HOMBRE LIBRE

En un libro editado por «Ambito literario» titulado *Lo que opinamos de Vicente Aleixandre*, y que se publicó sólo unos meses después de la concesión del Nobel a este autor, José Luis Giménez Frontín decía que su obra «Simboliza la reconciliación nacional»; Antonio L. Bouza admitía que le consideraba «el poeta más importante de la generación del 27. El único con características netamente europeas y también el más universal. De la poesía de su generación, la suya es la de más calidad, Lorca incluido»; Víctor Pozanco le definía como «un clásico; uno de los componentes de ese conjunto de poetas iluminados que, desde el 98, han hecho de nuestra centuria literaria la más rica después del Siglo de Oro»; el mismo Leopoldo de Luis en aquel tomo decía que «la poesía de Vicente Aleixandre supone, en último término, una pugna por la libertad del hombre, aprisionado en condicionamientos injustos, sujeto y víctima de pasiones y condenado a la consumación de la materia. Su sola liberación puede que no sea otra que la extensión de sus propios límites para fundirse en la materia única, cantada también por el poeta. Pero, entre tanto, un entramado impuesto carga sobre la vida humana la angustia de arbitrarias exigencias y condicionamientos alienantes. Creo que Aleixandre es uno de los poetas más auténticamente revolucionarios, porque no sólo ha renovado las formas expresivas, sino la misma sensibilidad. Es obvio que resulta más subversiva—más transformadora de convencionalismos—una poesía así que una poesía dedicada a motivos concretos, por graves que éstos sean y por denunciador que se alce el verso».

Podríamos, nos atrevemos a concluir, que la de Vicente Aleixandre es la obra de un hombre libre. Por lo menos.

Mucho se ha hablado del Aleixandre poeta-total. Ciertamente, hemos visto que toda una vida, y más incluso del espacio temporal de muchas existencias, verbigracia, la de aquellos poetas consumidos por las consecuencias trágicamente derivadas de una guerra civil, como García Lorca, Miguel Hernández, etc., se ha dedicado al inmenso placer de hacer poesía, una poesía cálida donde el amor, la esperanza, los paisajes y la lucha del hombre en medio de un entorno social áspero y difícil, han tenido su lugar preponderante y, por qué no, total. Ciertamente, no es fácil hallar a un hombre que pueda durante años y años hacer de la poesía su ocupación total. Entonces, hemos de concluir que su «enfermedad de hierro» ha contribuido a

vigorizar y dar esplendor a la poesía española de nuestro siglo, y de todos los siglos. Sabemos, sí, que la lectura ha sido parte integrante de su ocupación cotidiana y que la lectura, la lectura de prosa y de poesía, ha supuesto una impregnación y un bagaje de gran importancia en esa capacidad íntima de crear universos líricos de la trascendencia que sus poemas nos ofrecen. La expresividad de sus versos, incluso con la carencia de ese contacto diario con el pueblo a que antes aludíamos y que es innegable en amplio sentido, viene dada por esa preocupación por estar conectado siempre con la cultura a todos los niveles, conexión que Aleixandre logrará con esa dedicación a la lectura y con ese convertir a su propia casa en una antecámara de la intelectualidad y de la labor literaria de años y años, de personas y personas... Porque el poeta no sólo ha de leer poesía, no sólo ha de estar rodeado de poetas, no sólo ha de vivir «la poesía», cuestión muy al uso en papanatas diversos. El poeta es el hombre que trata de descubrir todos los valores de la cultura, que se siente ocupado y preocupado por las cuestiones políticas y sociales de su país, que sabe analizar con dosis crítica una novela, un cuadro, una sinfonía o una moda en el vestir. El/la poeta son la clave para una convivencia armónica y mesurada. Volviendo a las reiteradas afirmaciones de Leopoldo de Luis, «el poeta tiende a la libertad, es la libertad». Y en este sentido, Vicente Aleixandre es y ha sido durante muchos años un hombre libre. Eso al margen de la situación de encerrona en que se ha debatido España. Al margen de su apartamiento de la soledad, unas veces por razones de salud física y otras por razones de la salud moral o política de puertas afuera. Eso al margen de su capacidad para diseccionar la realidad y atacar o destruir lo energuménico, lo falsario, lo vacío, lo caduco. Porque en su poesía, en su obra total, Vicente Aleixandre ha tomado la decisión de construir, un poco de arbitrar, de iniciar una reconciliación a través del suave camino, del leve terciopelo, de la poesía. No en vano se ha hablado de él como de un romántico, del penúltimo de los románticos, vivo.

Así, en efecto, vemos que la labor de Aleixandre trasciende, se alza por encima de la poesía. *Los encuentros* (1958) son ejemplo de una prosa nítida y afable. Esas cartas que aparecen con frecuencia en pórticos de revistas u otras publicaciones nos hablan de un magnífico prosista, siempre preocupado por la forma de lo escrito, hasta cuando se trata de saludar un amigo o de unirse a un homenaje. Sus conferencias sobre temas varios, principalmente poéticos, dejan la sensación de un «discursante» genial, de un escritor para quien el lenguaje, la palabra, no guardan secretos de ninguna especie, sabiendo moldear los pensamientos, explicitar las imágenes y transmitir los

sentimientos con un vigor y una capacidad desusados. En este apartado podrían incluirse sus «cartas a revistas jóvenes de poesía» de que hablaba López Gorgé en el número 625 de *La Estafeta Literaria* (1 de diciembre de 1977) y a las que dejaba definidas como «prosa con ritmo de verso».

No es cuestión de intentar ahora un estudio de la obra de Vicente Aleixandre, sino de comentar lo escrito por Leopoldo de Luis. De manera que lo anteriormente dicho únicamente pretende ser un exponente que avale un poco y que trate de situarnos en las opiniones expresadas por De Luis en su libro ahora comentado, siendo, desde luego, lo expuesto de la absoluta responsabilidad del abajo firmante, como diríamos en cualquiera de las tres instancias que tenemos que hacer al año. Sí es bueno, de cualquier manera, remitir al lector interesado en un conocimiento más profundo de la vida y la obra de Vicente Aleixandre, además de al volumen de *CUADERNOS HISPANO-AMERICANOS* que tiene en sus manos y que, sin duda, respirará afecto por los cuatro costados hacia el eminente poeta-hombre habitante de Velintonia, 3, además de otras publicaciones de no menor interés que han homenajeado al Premio Nobel 1977 al número 623 de *La Estafeta Literaria* (1 de noviembre de 1977), donde vida y obra son estudiadas de manera reposada y suficientemente esclarecedora de los valores que encierran.

En la biografía deluisiana, desde la página 179 a la 224, ambas inclusive, y bajo el epígrafe «Algunas consideraciones sobre su obra», se nos ofrecen una serie de reflexiones completamente acertadas sobre una obra universal como es la de Aleixandre, pero, es más, el conocimiento personal del poeta y la amistad de décadas entre biografiador y biografiado no hace más que enriquecer aquellas parcelas de análisis que Leopoldo intenta, llevándonos a un perfecto conocimiento, a una puesta «cerca de», de la obra y de las intuiciones del habitante perfecto de una mansión donde sólo la poesía también puede, podría, habitar.

Dejamos aquí, al contrario que en los filmes de intriga, las primeras palabras de estas consideraciones, canal y vía para comprender la inmensidad de cuanto Leopoldo de Luis, acertadamente, expresó sobre la obra de Aleixandre: «No es fácil sintetizar la presencia de Aleixandre en la poesía española. Comienza por no ser poeta limitado y monocorde, sino un poeta de amplio mundo poético y fecunda capacidad creadora. Además, su obra posee una rara atracción. La percibimos como punto de arranque, como magisterio enriquecedor para poetas de tendencias y estilos no sólo disímiles, sino contradictorios. ¿Qué Aleixandre ha supuesto una mayor aportación, cuál ha perma-

necido más? ¿Qué aspectos de su obra resultaron mayormente renovadores? ¿El Aleixandre superrealista, el neorromántico, el de visión cósmica, el realista?» De Luis contesta.—*MANUEL QUIROGA CLERIGO (Real, 6. ALPEDRETE. Madrid).*

ALEIXANDRE Y LA CRITICA

La aparición de un nuevo volumen de *El escritor y la crítica*, dedicado a Vicente Aleixandre (Taurus, 1977), debe saludarse con alborozo, pues se trata, a no dudarlo, de uno de los grandes maestros vivos de la poesía contemporánea. Con la cuidadosa selección de José Luis Cano —crítico él mismo y que ha tenido la elegante humildad de no incluir en este volumen ninguno de sus trabajos— podemos seguir, a través de nueve diferentes grupos, las visiones que una veintena de críticos han tenido o tienen de la poesía de Aleixandre. Imposible es el hacer una selección absolutamente idénea de todo lo que se ha escrito y escrito sobre el poeta. De ello se lamenta Cano en su nota preliminar. Digamos que, en general, todos los trabajos ofrecen interés, y aunque desde mi perspectiva personal hubiese puesto más énfasis en la producción última del maestro, el equilibrio no llega a romperse.

* * *

El primer grupo, «Semblanzas y evocaciones», contiene cuatro diferentes retratos del poeta, debidos a otras cuatro ilustres plumas: Juan Ramón Jiménez, Dámaso Alonso, Pedro Salinas y Luis Cernuda. De ellos, el más interesante, el más extenso y profundo es sin duda el de Luis Cernuda, que une su peculiar penetración crítica para la literatura —y en particular para la poesía— con su no menor penetración psicológica para el hombre. Las últimas palabras del autor de *La realidad y el deseo* son, además, perfectamente reveladoras del carácter de su escrito: «No me dejo llevar, al escribir eso, de cierta idealización espontánea, frecuente en la mente española y de la cual acostumbé temprano a apartarme. Escribo, al contrario, con reflexión larga, tras no pocos años de trato y compañía, y bastantes otros de recuerdo y añoranza.» La página —una— de Juan Ramón Jiménez es una verdadera lección —¿acaso un ápice excesivamente literaria?— de prosa poética. Cordiales, entrañables y muy personales las de Salinas y Alonso.

El segundo grupo se titula «Mundo poético» y está formado por